

Reseña del libro de
Eduardo Antonio Parra,
Juárez, rostro de piedra,
Grijalbo, 2009

*Jorge Chávez Chávez*¹

¹ Docente-Investigador de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

Fecha de recepción: 24 de agosto de 2008
Fecha de aceptación: 20 de octubre de 2008

Introducción

El pensamiento liberal fue la corriente de pensamiento que fundamentó los principios para la formación de los estados nacionales recién independizados de las monarquías europeas. Sus principios fueron utilizados por los liberales mexicanos del siglo XIX, para construir un Estado-nación, racial y culturalmente homogéneo, con una economía de corte capitalista y cuya propuesta aún no concluye. Al asumir el poder, pretendieron concientizar en la sociedad heredada de la Colonia que aceptaran este proyecto de nación a través de la educación bajo control de un estado laico, donde se impartieran clases de historia y civismo a las nuevas generaciones, para que reconocieran a México como su patria y no a Dios y al rey, como lo aprendieron sus ancestros durante los tres siglos que duró la colonización española.

Para inculcar el amor por esta nueva patria, se enseñó una historia basada en una serie de sucesos históricos que permitieron su formación, donde destacaron a personajes que dieron su vida por ella. Los convirtieron en héroes, describiendo su sacrificio, semejante al realizado por los santos católicos. Sus biografías eran semejantes a las hagiografías de los santos. Narraban sus virtudes y su sacrificio por la patria. De este modo, se formó un panteón de héroes mexicanos. En la parte que trata la lucha por instaurar la Constitución de 1857, las Leyes de Reforma y la intervención francesa, y se destaca el triunfo de los liberales, sobresale la figura de Benito Juárez García, como “Apóstol de la Reforma”, personaje central del libro que aquí comentamos.

La novela

Se ha considerado “maestra de vida” la historia utilizada por los regímenes en el poder para justificar su presencia, porque enfatiza las virtudes de los “héroes que nos dieron Patria”. También se le conoce como “historia de bronce” (Luis González G. *Historia para qué*, cap., “De la múltiple utilización de la historia”. México, siglo XXI, 1980). Con ella aprendimos la vida del “indio zapoteco que llegó a convertirse en presidente de la República”. Que amó desde niño la patria sin que todavía existiera. Que encabezó la segunda generación de liberales

que legisló las bases del Estado-nación mexicano moderno. Eduardo Antonio Parra, en su novela, *Juárez, rostro de piedra*, nos ofrece una interpretación alterna de su vida plagada de sucesos cotidianos, que lo hacen ver más humano, más político y menos como una “estatua de bronce”; o de estampita de papelería.

Hace tiempo realicé un trabajo sobre la presencia de Benito Juárez en el antiguo Paso del Norte y la ciudad de Chihuahua como parte de una serie de estudios sobre la cultura del desierto, que me permitió estudiar el tema de la novela en detalle. Después de leer 329 páginas sin enfado, llegué al capítulo 16, “El camino del desierto”. Me adentré tanto en la lectura, que me molestó la descripción que hace a Paso del Norte, no sabía si el narrador, o a Parra. Se apreciaba el estudio a profundidad que hizo el autor de la época y de Benito Juárez:

De frente al desierto no era sino un pobre indio zapoteco extraviado en territorio de bárbaros. Nomás en la desgracia advertimos nuestra verdadera pequeñez, pensó Juárez. Nomás rodeados de amenazas nos damos cuenta de nuestro tamaño real. (p. 331)

Lo mismo me sucedió en el capítulo “Vísperas”, p. 390. Relata el diálogo que tuvo Juárez con su fiel criado zapoteco, Camilo, cuando comenzó a sentir los estragos de la muerte.

- ¿Sabes cuándo estuve peor que en toda mi vida?
- ¿Encerrado en el castillo de San Juan de Ulúa? [Le responde Camilo]
- No. Cuando andábamos en el desierto. ¿Te acuerdas?
- ¿En el norte? Como no me voy a acordar. Jamás he sentido un calor de infierno como aquél. Y luego sin agua.

La lectura me hizo recordar parte de la correspondencia de Margarita Maza con Juárez, publicada por Ángeles Mendieta Alatorre en *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*, que revisé para mi trabajo, cuando desde Nueva York (15 de junio de 1866) le escribe a su querido “Beno” a Paso del Norte:

Yo creo que si tú te vas pronto para Monterrey si nos será fácil ir; yo por mi gusto dejaría a mis hijos los chicos en un colegio y a las muchachas grandes con Nelita y no me daría miedo el camino, me iría con mucho gusto si tú me lo dijeras, piénsalo y me avisas que yo no le tengo miedo a la diligencia ni al desierto después de haber andado nada; piénsalo y me avisas, que estamos en buen tiempo para caminar.²

Al comparar los diálogos, de nuevo confirmé el conocimiento que tiene Parra, tanto del personaje como de la época y la forma como se expresaban. Me di cuenta que no sólo había leído el reverso de las estampitas dedicadas a Juárez, ni su historia oficial. Al leer la novela me formulé una pregunta: ¿qué opinión tendría Juárez si supiera que Paso del Norte lleva su nombre, cuando su familia prefirió el exilio, que vivir “en el desierto”?

En *Juárez...*, se hace un buen manejo de las idas y regresos en el tiempo. Los recuerdos del personaje central, son el hilo conductor de la trama: los nombres de gente de la época y las guerras en que participó en defensa de la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma, sustento de su proyecto de nación; el despertar de la conciencia nacional durante la intervención francesa; la discusión con su yo interno, sobre si se había convertido en dictador por no dejar a otro la presidencia de la República; el casi haber olvidado su origen zapoteco, sólo expresado en sus “apuntes para sus hijos” y su interminable diálogo con Margarita, esposa y compañera que le dio ocho hijos, y que falleció antes que él, a pesar de ser veinte años menor. Acontecimientos, cabe mencionarlo, referidos por Ralph Roeder en *Juárez y su México*. México, FCE, 1995. Amplia biografía sobre Juárez en los acontecimientos del México independiente.

Los episodios históricos referidos por Parra, forman parte de la historia oficial de Juárez. Si sólo leyéramos la novela, pensaríamos que son producto de la imaginación del autor. El ejemplo más represen-

² Loc. en Ángeles Mendieta Alatorre; 1972, *Margarita Maza de Juárez. Epistolario, antología, iconografía y efemérides*; México, Comisión Nacional del Centenario del Fallecimiento de D. Benito Juárez, pp. 136-137. El subrayado es mío.

tativo, es la correspondencia de Margarita con su “Benito”, desde su exilio en Estados Unidos, donde le proporciona informes de quienes aspiraban a ser presidentes de México (ver cita 2).

Ya he sabido que todos están conformes con que tú sigas con el mando y tienen razón; sólo tío Ruicito [Manuel Ruiz], como el pobre está loco, le dio porque él debía ser presidente.

[Guillermo] Prieto lo que quería era ser Ministro, por eso adulaba a [Manuel González] Ortega, vio que éste no iba y se conformó por ahora, después te volverá a hacer la guerra porque ellos no tienen la culpa sino tú que no te vuelves a acordar de lo que te hacen, porque yo creo que no es [la] primera que te hace Prieto. [...] adiós Nito, sabes que te ama tu esposa.³

Se describe su lucha contra los “mochos” (por rezar de rodillas), es decir, los conservadores y quienes ejercían el poder del clero contra el de los liberales, quienes son personajes de la novela. Se narran los pormenores cuando estuvo preso en San Juan de Ulúa. Largo capítulo que nos hace pensar, ¡pobre indio, cuánto sufrió en prisión! Su pensamiento partido en dos: ser el máximo defensor de la República y formador de políticos liberales como Porfirio Díaz y Sebastián Lerdo de Tejada; por lo tanto, indispensable para el buen funcionamiento de México, teniendo a ratos presente el haber nacido indio zapoteco (de ahí su rostro de piedra) y el sostener hasta su muerte un pensamiento: si se convirtió en un dictador como Santa Anna.

Finalmente, es una novela histórica llena de verdades dichas por el autor, que sin fuentes, le dan la libertad de imaginar cómo pudieron suceder las cosas. Sus diálogos son propios de historiadores que los intuyen, pero por carecer de fuentes, no los escriben. Se relata la vida de un “héroe de la historia oficial de México”, que nunca pensamos tomara pulque y mezcal, o café y coñac; yo lo hacía más puritano. Describe al Juárez de “rostro de piedra”, o como alguna vez lo dijo Melchor Ocampo, al “indio que fuma puro, ladrón seguro”, quizá porque Juárez, vestido de levita, nunca se sintió indio zapoteco. Después de leerla, queda una interrogante: ¿qué pasaría si Juárez no hubiera muerto?

³ Ver cita anterior.